

LA HISTORIA DESPUÉS DEL FIN DE LA HISTORIA SEGÚN JOSEP FONTANA

Esperanza Yllán Calderón

Cuando en 1982 Josep Fontana publicó su *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, aún estaba lejos de percibirse el hundimiento político y económico de los países del Este europeo y de la Unión Soviética. Pero tampoco se ofrecía en aquella *Historia* el modelo de desarrollo del “socialismo real” como una alternativa de futuro. Su propuesta era esencialmente metodológica y respondía a la necesidad de romper con muchas de las coordenadas que han condicionado nuestra interpretación del pasado y del presente.

Sobre la supuesta lógica “natural” del enriquecimiento, de la economía de mercado, del progreso industrial, de la libre competencia y de la explotación de unos hombres sobre otros, la historiografía y los historiadores han contribuido también a legitimar esta dialéctica del capitalismo, y es aquí donde el estudio de Fontana introducía una llamada de atención sobre los peligros que pueden subyacer en la teoría y en la práctica de una disciplina social que no rompa con unos supuestos ideológicos cuyas contradicciones están en la base misma del sistema económico que lo sustenta.

Pero la tarea no es fácil. Hace ya doscientos años que la lógica burguesa del “progreso” y la industrialización irrumpió en la historia como alternativa revolucionaria y racionalista frente a la “irracionalidad feudal” del Antiguo Régimen. Y este origen histórico ha condicionado no sólo nuestros comportamientos colectivos, nuestras formas de comprender la sociedad, la familia, el hombre y la cultura, sino también nuestra forma de pensar y de concebir la historia, incluso la supuestamente “pro-

gresista”. Desde esta perspectiva, la propuesta que sugería Fontana era

sacar la historia de los esquemas en que ha quedado apresada, y utilizarla para aprender cómo se han formado los mecanismos de explotación y cómo se han organizado los hombres para combatirlos, buscando nuevas escalas que no se establezcan en función de los avances de la tecnología industrial, sino de los alcanzados en la satisfacción de las necesidades colectivas.

Este cambio metodológico también afectaba al marxismo como teoría revolucionaria o de crítica del capitalismo, y cuya necesaria revisión ha venido siendo instrumentalizada — casi desde sus orígenes — como fracaso histórico “definitivo” por los defensores de una “ciencia” histórica “despolitizada” y “objetiva”. Fontana dedicaba una gran parte de su estudio a los sucesivos embates, crisis y paradigmas del marxismo, para terminar haciendo una aclaración necesaria acerca de la tarea a realizar:

No se trata simplemente de “renovar el marxismo”, actualizándolo, volviendo a sus orígenes o practicando cualquier otra operación semejante sobre textos y palabras... De lo que se trata es de seguir utilizando las herramientas de análisis que nos proporcionó el marxismo, y todo lo que se les puede añadir, en la tarea de comprender correctamente el mundo de hoy para denunciar lo que necesita ser cambiado.

Sin abandonar estas referencias y desde un compromiso crítico que le ha llevado a combatir y denunciar las deformaciones de un marxismo anclado en esa especie de “escolástica” a que fue reducido por el estalinismo, Josep Fontana nos ofrece ahora un pequeño volumen — *La Historia después del fin de la historia* (Editorial Crítica, Barcelona, 1992), cuyo punto de partida «debe ser el fracaso de las expectativas que se habían depositado en formas elementales y catequísticas del marxismo como alternativa a la enseñanza y a la investigación tradicionales».

Por otro lado, identificar el hundimiento de la experiencia soviética con el fracaso de la teoría y el método marxista, sería confundir el curso de la historia con el de la ciencia histórica. Sin embargo, desde esta falsa identificación el oleaje “revisionista” que ha seguido al citado hundimiento ha inundado el ámbito de la historia hasta convertirlo en un terreno pantanoso donde pueden crecer, asilvestradas, las especies más diversas e inquietantes. Y es en este terreno donde se sitúa Fontana para examinar qué ha pasado *después del fin*: una situación de desconcierto ante el hundimiento de una vieja fe, que ha dado lugar a sorprendentes conversiones y que ha dejado desamparados a muchos de los que se sostenían arrimados a las andaderas de un marxismo catequístico. Pero como señala el autor, hay que comenzar aclarando que la primera reacción que suele suscitar la crisis de una fe es generalmente el escepticismo:

Lo cual significa, en este caso, la desconfianza ante cualquier planteamiento teórico, que puede muy bien traducirse en formas de positivismo enmascaradas de posmodernidad, en un eclecticismo superficial o en una sensación de que lo que necesitamos es cambiar con frecuencia de bagaje metodológico, renovándolo de acuerdo con las modas de cada temporada.

Con un extraordinario acopio de referencias temáticas y bibliográficas, Fontana recorre el amplio panorama de la historiografía actual, donde confluyen y se confunden las más diversas tendencias y “escuelas”. Unas con pretensiones de novedad otras de retorno, ya sea en nombre de un “cientifismo” que pretende reemplazar la vieja terminología para sustituirla por otra que no es mejor, ni más precisa, sino simplemente “nueva”; o ya sea recuperando la historia narrativa presentada como una forma expositiva “neutra”.

Por otro lado, la incorporación de nuevos campos de estudio, de “nuevas sensibilidades”, ha creado una fragmentación en el campo de la historia — en su propio objeto de estudio que es el de abarcar la totalidad del cuadro social — que debe ser analizada como algo que afecta en la actualidad a la práctica de la investigación histórica en el mundo entero. Porque si es evidente que una explicación histórica más rica debe incluir hoy muchos factores que anteriormente no se tomaban en cuenta, otra cosa muy distinta es que interpretemos eso como una invitación a abrir nuevos campos separados, aislados del estudio global de la sociedad, que tenderán a convertirse en disciplinas independientes, en territorio acotado de una práctica científica que se pretende autónoma.

Frente a este panorama de fragmentación y confusión ideológica, la propuesta de Fontana es la de recuperar las señas de identidad de una historiografía crítica: la “globalización” y la “politización”. Es decir,

superar las consecuencias del fraccionamiento cientifista que nos está conduciendo a investigar minucias carentes de relevancia fuera del ámbito estricto de la profesión, y a publicar los resultados en revistas y monografías que solo leen otros miembros de la “tribu”.

Y por otro lado,

la necesidad de comprender que detrás de toda interpretación histórica hay siempre una “política” y que conviene que seamos conscientes de este contenido subyacente, en lugar de limitarnos a transmitirlo inadvertidamente, como solemos hacer.

Pero la reflexión de Fontana va más allá de un cambio metodológico, porque «hemos de ser conscientes de que lo que se está desmoronando a nuestro alrededor es mucho más que un estilo de investigación o de docencia». A partir de esta consideración, el autor afronta esta *Historia*

después del fin con la necesaria percepción crítica a que obliga un presente cargado de incertidumbres, de amenazas renovadas de fascismo y de unos abismos de desigualdad y empobrecimiento aterradores. Y aquí, sin duda, estamos rozando otro terreno en el que nuestra visión de la historia como una invencible marcha hacia el progreso ha hecho aguas. De ahí también la necesidad de preguntarse si podemos seguir manteniéndola como base para nuestra enseñanza de la historia.

Fontana se detiene a recordar su génesis y también las consecuencias *reales* de esa “construcción” capitalista del progreso — a partir de Adam Smith y de los ilustrados escoceses y completada en Francia después — y hasta qué punto el “socialismo científico” del siglo XIX participó también del mito smithiano — «riqueza para todos» — creyendo que bastaba con negar que el sistema establecido por el capitalismo respondiese “al fin de la historia” hegeliano y propugnar la continuidad de un desarrollo económico dentro de un marco de relaciones sociales distinto.

Y aunque el propio Marx matizara más tarde sus primeros esquemas, distinguiendo las condiciones históricas de la Europa occidental del “caso ruso”, el “marxismo catequístico” acabó basándose en las certezas del Marx joven y desconociendo las dudas del maduro. Así se explica — concluirá Fontana

que a los cincuenta años de su muerte un “marxismo” fosilizado proclamase el dogma de la secuencia única de los modos de producción, que se convirtió en característica del estalinismo, el cual anunciaba, a su vez, un nuevo “fin de la historia”, el del comunismo, para una fecha tan cercana, casi al alcance de la mano, que justificaba todos los sacrificios que estaba exigiendo su “construcción”.

Al final de estas reflexiones y ante un presente que se nos manifiesta como resultado de aquella concepción “wigh” de la historia que avanzaba desde la barbarie al “progreso”, cabría plantearse — según la propuesta de Fontana — eliminar esa “vía única” que ha sustentado nuestra teoría de la historia: aprender a pensar el pasado en términos de encrucijadas a partir de las cuales eran posibles distintas opciones y evitando admitir sin discusión que la fórmula que se impuso fuese la única posible o la mejor. Y por otro lado, el recurso de un método que procedería «arrancando sus objetos de estudio de la continuidad histórica» y que tendría como objetivo central «colocar el presente en una situación crítica», en el centro de nuestras preocupaciones.

Pero este cambio que se nos propone en el modo de concebir la historia y en su metodología no implica tan solo la búsqueda de un saber “aplicado”, inmediatamente utilizable en la vida cotidiana, sino también la reflexión teórica que ayude a repensar los problemas actuales y sus derivaciones.

Sobre las propuestas que aquí se sugieren y sobre las inquietudes metodológicas que acompañan a su autor se podrá o no coincidir pero no por ello deja de ser legítima y oportuna la idea central que las sustenta. Recordemos de nuevo la palabras de Walter Benjamin que Fontana incluía en su primera *Historia* y que siguen siendo un punto de referencia para esta nueva reflexión:

el estupor porque las cosas que vivimos sean aún posibles en el sigloxx no es *nada* filosófico. No es el comienzo de ningún conocimiento, salvo del que la idea de la historia de la cual proviene carece ya de vigencia.

